



Escándalo Bausi

Miguel Saralegui¹

Recibido: 8/3/2018 / Aceptado: 30/9/2018.

Resumen. En este artículo, quiero explicar la influencia de los trabajos de Francesco Bausi sobre los estudios maquiavelianos desarrollados en el mundo hispanófono. En primer lugar, señalaré la especificidad de esta influencia, así como la peculiar y compleja imagen de Maquiavelo que Bausi ha ofrecido a los historiadores de la filosofía y filósofos políticos hispanoparlantes. Por último, estudiaré la opinión que Bausi ha dado sobre la personalidad intelectual de Maquiavelo en su novela de 2014 *Scandalo Machiavelli*. Paradójicamente este académico ha presentado un retrato más definido del pensamiento de Maquiavelo en una obra de ficción que en sus trabajos de erudición.

Palabras clave: Maquiavelo; España; Bausi; filósofos; políticos.

[en] The Bausi Scandal

Abstract. In this article, I will try to explain the influence of Francesco Bausi's works in the Machiavellian studies written in Spanish. First, I will show the particular characteristics of this influence. This has to do with the complex imagen of Bausi's Machiavelli for Spanish historians of philosophy and political philosophers. Second, I will write about the description of Machiavelli contained in Bausi's novel *Scandalo Machiavelli*, published in 2014. It is a paradox that this scholar has published a more defined portrait of Machiavelli in a fictitious tale rather than in his scholarly writings.

Keywords: Machiavelli; Bausi; Spain; philosophers; politicians.

Sumario: I. II. III. IV. Bibliografía

Cómo citar: Saralegui, M. (2019). Escándalo Bausi, en *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 13, 1-13.

I

El objetivo de este artículo es reconstruir las ideas y conceptos que Francesco Bausi esboza sobre Maquiavelo en su novela *Scandalo Machiavelli*. Antes reflexionaré sobre la influencia que la interpretación de Bausi de Maquiavelo ha alcanzado en

¹ Miguel Saralegui es Ikerbasque Fellow en la Universidad del País Vasco.
miguelsaralegui@gmail.com

los estudios maquiavelianos escritos en lengua española. Esta reflexión permitirá apreciar por qué la reseña del contenido teórico de *Scandalo Machiavelli* es tan importante.

La bibliografía española sobre Maquiavelo de la última década ha recibido la influencia de Francesco Bausi con una intensidad que merece destacarse por varios motivos. Si en el Siglo de Oro los editores y traductores españoles difunden de modo rápido y ansioso las obras de Maquiavelo –aunque no *El príncipe*–, desde fines del siglo XIX la cultura académica ha reaccionado con lentitud a las principales corrientes de interpretación del autor florentino. Cuando los estudios maquiavelianos ya se encuentran asentados en los principales centros de saber, la gran mayoría de los académicos españoles, desde fines del siglo XIX hasta hoy, prefiere seguir resumiendo el contenido de la obra de Maquiavelo con un par de frases, normalmente de tono moral. Si solo leyéramos la bibliografía secundaria escrita en nuestra lengua, podríamos estar convencidos de que Maquiavelo se dedica exclusivamente a plantear una serie de preguntas abstractas: ¿es la moral contradictoria con la política? ¿Justifica el éxito político cualquier transgresión ética? De modo habitual se le considera el introductor de un realismo político al que, lamentable o afortunadamente, la tradición española de Ribadeneyra a Gracián habría sido impermeable. Ni siquiera un erudito absolutamente renovador de este campo de estudios como Maravall abandona el planteamiento de máximos cuando acuña la ingeniosa fórmula del maquiavelismo de los antimachiavélicos². Maquiavelo no interesa tanto por sus escritos, por ser el original autor de *La mandrágora* o el prescriptivo biógrafo de *Castruccio Castracani*, sino solo por haber creado una distancia entre moral y política, la cual deberá ser aplaudida o rechazada, compatibilizarse o no con la tradición cultural española. Si esta lectura total y dramática de Maquiavelo se extiende por todo el mundo occidental, la academia hispanófila la ha entronizado cuando otras miradas más precisas y concretas ya eran comunes. Si Leo Strauss puede seguir considerando a Maquiavelo el «maestro del mal», en España esta lectura no ha de causar ninguna sorpresa: esta fue su monótona y unánime caracterización en la tradición española³.

De este modo, el estudio de cuestiones específicas del pensamiento de Maquiavelo ha sido descuidado por la bibliografía española. Por un lado, se ha supuesto que las críticas son fundamentalmente idénticas. Por otro, no se ha prestado atención a todos aquellos aspectos del pensamiento y escritos alejados del problema político-moral. Aunque se publiquen muchas obras sobre Maquiavelo en castellano, debido al inmenso tirón comercial que el nombre mágico de Maquiavelo sigue teniendo, la imagen de Maquiavelo es mucho más monótona de lo que esta fecundidad editorial haría suponer.

Por un segundo motivo, es excepcional la recepción de los trabajos de Bausi en la academia hispanófila. Sería exagerado afirmar que hasta la divulgación de sus trabajos nuestra bibliografía hubiera contemplado a Maquiavelo a través de un prisma exclusivamente moralista, absolutamente despreocupada de la mínima erudición. Por un lado, se tradujeron algunos de los estudios maquiavelianos más usados

² J. A. Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español. El Siglo del Barroco*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.

³ Quizá el tradicionalismo de la lectura de Strauss permitió que fuera traducido durante el régimen de Franco por un órgano oficial del Estado como el Instituto de Estudios Políticos. L. Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, trad. C. Gutiérrez de Gamba, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964.

por la bibliografía académica. Sin duda, es Quentin Skinner el *scholar* internacional sobre Maquiavelo que más se ha editado, leído y citado en nuestra lengua. Tanto el *Maquiavelo* traducido por Alianza como *Los fundamentos del pensamiento político moderno* de Fondo de Cultura Económica se han convertido en la lectura estándar de Maquiavelo en castellano⁴. Esta difusión sería reforzada años más tarde con la traducción que Eloy García hiciera de *El momento maquiaveliano* de Pocock para Tecnos⁵. Incluso si estas obras poseen un nivel académico respetable, se han recibido de modo exagerado y, de modo paradójico para el método historiográfico propuesto por Pocock y Skinner, descontextualizado. El académico sin un interés especial en temas renacentistas asume que Maquiavelo es idéntico a la imagen dada por Skinner o Pocock. No se ha entendido que estas monografías constituyen un paso de un esfuerzo colectivo, sino que se las leen como si hubieran dado con la llave maestra de los infinitos problemas con que Maquiavelo tortura al lector y al estudioso contemporáneo. Por supuesto, este éxito solo ha sido posible al haber ignorado las críticas sustanciales que estos trabajos recibieron de muchos de los más grandes estudiosos del periodo (se me vienen a la memoria los atinados y duros comentarios que Vasoli dedicó a *El momento maquiaveliano*⁶).

Además, no se debe olvidar que los criterios por los que se traducen libros extranjeros dedicados a Maquiavelo son solo secundariamente académicos. Por este motivo, existe una clara desproporción entre la traducción de monografías escritas en inglés y en italiano, lo cual en este caso desmiente la subordinación a lo meramente económico, ya que resulta más barato traducir al castellano del italiano que del inglés (aunque obviamente se venderán muchos más libros cuando el autor se apellida Skinner en vez de Russo). Esta preferencia por el inglés como lengua de origen de las traducciones ha provocado que muchas de las monografías fundamentales sobre Maquiavelo apenas se conozcan, ni siquiera de oídas, en la academia hispánica. Si se tradujo a Vivanti, no se debe olvidar que ninguna de las contribuciones indudablemente fundamentales de Sasso o Inglese se vertieron al castellano (salvo el texto establecido por este en la edición bilingüe de Tecnos)⁷. La preferencia por el inglés ha provocado una divertida curiosidad, la cual informa, lamentablemente, de la profunda incertidumbre de las editoriales académicas que editan en castellano. La importante y erudita biografía de Pasquale Villari, realizada por la editorial Grijalbo de México, no se traduce al español desde el original italiano, sino desde el inglés⁸.

Si antes de la difusión de Bausi la academia española había sido capaz de importar y traducir algunas de las monografías más famosas sobre Maquiavelo, también existieron estudiosos autóctonos que evitaron la mirada de máximos y optaron por un estudio detallado y riguroso de la obra de Maquiavelo. Sobre todo, Miguel Ángel Granada nos recordó la tensión fundamental entre la fama unitaria del nombre de Maquiavelo y el contenido plural de su obra. A pesar de que la cultura española

⁴ Q. Skinner, *Maquiavelo*, trad. M. Benavides Alianza, Madrid, 1984. Q. Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, traducción de J. J. Utrilla, 2 vols., FCE, México D. F., 1986.

⁵ J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico* [sic]: *El pensamiento político florentino y la tradición atlántica*, trad. E. García, Tecnos, Madrid, 2002.

⁶ C. Vasoli, "The Machiavellian Moment: A Grand Ideological Synthesis" en *The Journal of Modern History*, XLIX, pp. 661-670.

⁷ C. Vivanti, *Maquiavelo: los tiempos de la política*, trad. M. T. Navarro, Paidós, Buenos Aires, 2013; N. Maquiavelo, *El príncipe*, trad. H. Puigdomènech, ed. G. Inglese, Madrid, Tecnos, 2011.

⁸ P. Villari, *Maquiavelo su vida y su tiempo*, Grijalbo, México, 1984.

había encerrado a Maquiavelo en un par de máximas, Granada nos recordó, tanto en la muy útil *Antología* de Maquiavelo como en los estudios contenidos en *Cosmología, religión y política en el Renacimiento* y *El umbral de modernidad*, que el pensamiento de Maquiavelo es esencialmente incompatible con cualquier lectura unívoca⁹. Antes que nadie, Granada subrayó en español la gran paradoja que afecta a la fortuna de Maquiavelo: es el peor autor posible para encerrarlo en una máxima, en un problema, en una frase fundamental de la que se habría de desprender el resto de sus ideas. Si la inteligencia de la lectura con que Rafael del Águila se acercó a Maquiavelo es innegable, tanto en *Sócrates furioso* como en *La senda del mal* todavía el rastro de la lectura moralista se podía detectar en muchos pasajes¹⁰.

Si las pocas monografías verdaderamente académicas que se traducen al español se reciben a través de un proceso de importación unilateral, costumbre que se inicia en nuestro Renacimiento, la relación de los académicos españoles con Bausi –pienso sobre todo en su traductor Marcelo Barbutto, Juan Manuel Forte, Miguel Ángel Granada, Mario Prades y quien escribe estas palabras– ha sido mucho más horizontal. Bausi no ha sido leído como una última palabra pronunciada en un lugar lejano, la cual los hispanófonos debíamos adoptar y respetar en nuestro secular deseo de estar al día. Sus estudios no han sido un mensaje abstracto sobre el que no cabía pronunciarse, sino las palabras de un maestro que instruyen e iluminan, pero que se pueden poner en suspenso cuando no resultan convincentes.

Se trata de un vínculo muy diferente al que muchos estudiosos hispanófonos han mantenido normalmente con los centros de saber, los cuales muchas veces no se han entendido como instancias para el diálogo intelectual, sino como guías infalibles y totales. No se trata propiamente de una cuestión personal, pues la reverencia en muy pocos casos se debe a contactos personales o a colaboraciones reales. Se trata de un primer principio del estudioso hispánico: inclinarse ante algún centro de saber extranjero. Recuerdo cómo *Meditación sobre Maquiavelo* había roto a un joven profesor, quien me comentaba, más desesperado que admirado a esas alturas de la tesis, que a él el texto de Strauss le parecía perfecto, aunque le costaba mucho reconocer en él a Maquiavelo. Si aquel joven investigador aceptaba como una revelación indiscutible que la interpretación de Strauss era acertada, nuestro vínculo con los trabajos de Bausi es más crítico y abierto. A diferencia de este extático lector de Strauss, nosotros hemos visto cómo el Maquiavelo de Bausi se erigía, incluso si no hemos sido de gran ayuda en su construcción. Si los *Maquiavelos* de Skinner o Strauss pertenecen a la larga lista de productos importados por la cultura española, el suyo ha sido el lugar para la discusión. A diferencia de lo que ocurre con los centros oficiales de difusión del saber, su interpretación no ha sido recibida como un «hay que tomarla», sino de un modo más cercano al verdadero trabajo académico e intelectual: sus trabajos se han recibido, se han criticado, se han continuado por otros caminos, algunos de ellos que jamás habrían sido seguidos por él.

⁹ M. A. Granada, *Cosmología, religión y política en el Renacimiento*, Anthropos, Barcelona, 1988; *El umbral de la modernidad: estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, Herder, Barcelona, 2000; *Antología de Maquiavelo*, Península, Barcelona, 2002.

¹⁰ R. Águila, *La senda del mal*, Taurus, Madrid, 2000; *Sócrates furioso: el pensador y la ciudad*, Anagrama, Barcelona, 2004.

II

Si la lectura de Bausi ha cosechado tanto éxito, se debe delimitar cómo es su Maquiavelo, retratado principalmente en *Genesi e struttura, Maquiavelo* –traducida al castellano por Barbuto para la editorial de la Universidad de Valencia–, *El príncipe del escritorio a la imprenta* y en su edición de los *Discursos*, así como en las numerosas y variadas contribuciones breves, recogidas sobre todo en la revista *Interpres*, fundada por Mario Martelli –el abuelo, como Bausi lo designó al hablar de su nieta intelectual Simona Mercuri, tristemente desaparecida– y dirigida en la actualidad por el mismo Bausi¹¹.

Todavía el tópic atribuye a Maquiavelo una fama diabólica. Sin embargo, un solo vistazo a las opiniones vertidas sobre él en los dos últimos siglos demuestra que a Maquiavelo también se le han atribuido los elogios más admirativos. Al menos desde el siglo XVIII, la característica fundamental de la difusión de Maquiavelo en la cultura europea no es la crítica ni el insulto, sino más bien la contradictoriedad. Maquiavelo ha recibido todos los nombres posibles, también los más positivos. En la conciencia europea, el Maquiavelo que causa pesadillas convive con el que provoca sueños. Junto al Maquiavelo sangriento y cruel, que desmiente de una vez por todas la posibilidad de aunar moral y política o, más bien, ética privada y pública, se reproduce una imagen más benigna. Se le ha considerado el consejero del pueblo, el republicano, el idealista, que renuncia a que la realidad se imponga como destino y confía en la capacidad del político idealista de transformarla. Al lado del Maquiavelo realista se sitúa el utópico, incluso si en el uso vulgar de la mayoría de las lenguas europeas el adjetivo creado sobre su nombre es peyorativo (aunque equivale más a astuto, oblicuo o doble que a cruel o sanguinario). Incluso quien sigue considerando el pensamiento político de Maquiavelo como inmoral (actitud que después de este siglo XX solo puede considerarse superficial y ñoña), sería un lunático, si no aceptase que la marca que define la fortuna europea de Maquiavelo es la contradicción. Para un mero recuento bibliográfico, Maquiavelo no es «el maestro del mal», sino «maestro del bien y del mal».

Paradójicamente, a esta profusión de lecturas apenas les ha acompañado la cautela. Incluso si los estudiosos son conscientes de la contradictoria fortuna de Maquiavelo durante estos tres siglos, las interpretaciones habituales (sobre todos las prestigiosas de origen anglófono) lo siguen viendo de modo unitario: Maquiavelo es el republicano (Skinner, Pocock), el maestro del mal (Strauss), el fundador del liberalismo moderno (Berlin). Incluso en la irónica y original monografía de A. Gilbert *Machiavelli y sus predecesores*, Maquiavelo dejaba de ser un pensador creativo para convertirse en el único heredero de la tradición de pensamiento político clásico y medieval¹².

Una vez reconocida la variedad de la fortuna, pocos estudiosos llegaban a formular interpretaciones más cautas, menos determinantes y tajantes, más parciales y limitadas. Para todos estos eruditos que saben de la variedad de su fortuna, la

¹¹ Las referencias completas de los libros de Bausi son las siguientes: F. Bausi, *I "Discorsi" di Niccolò Machiavelli. Genesi e strutture*, Sansoni, Florencia, 1982, F. Bausi, *Machiavelli*, Salerno, Roma, 2005 (trad. M. Barbuto, PUV, Valencia, 2015.), *Il principe dallo scrittoio alla stampa*, Edizioni della Normale, Pisa, 2015. Esta es la referencia completa de la edición de los *Discursos*: N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio*, edición de F. Bausi, Edizione Nazionale delle Opere di Niccolò Machiavelli, Salerno Editrice, Roma, 2001.

¹² A. Gilbert, *Machiavelli's "Prince" and its Forerunners*, Duke University Press, Duke, 1938.

contradicción no dependería de la calidad del original, sino de la arbitrariedad de los intérpretes. Existe un punto de verdad en la afirmación de Skinner: se tendía a ver «*El príncipe* y los *Discursos* como contribuciones parciales de un arco completo». Obviamente antes de Skinner y la escuela de Cambridge, se sabía que no existía un Maquiavelo perfectamente unitario y cerrado. Sí es cierto, sin embargo, que la mayoría de las interpretaciones –también la de Skinner– prefieren dar una imagen unitaria como si la contradicción de las lecturas solo fuese un espejismo causado por lo intérpretes.

Antes de que Bausi llegase a nuestras bibliotecas, Maquiavelo era el autor de los infinitos síes. Frente a esta profusión abigarrada, Bausi nos presentó al Maquiavelo del no. Todavía me entretiene una confesión que me hizo Juan Manuel Forte en la Biblioteca Nacional: Bausi y Martelli, y no Skinner, son los verdaderos contextualistas. No le faltaba razón. Esta negación, como la dieta al obeso harto de manjares condimentados, se acerca más a la salvación que a la condena. Maquiavelo no era el gran filósofo, no era el republicano de una pieza, no era el humanista culto y refinado. De no ser, no era ni siquiera el autor de los *Discursos*, los cuales, más que una obra compacta, deben entenderse como una colección de apuntes a los que jamás se les aplicó una revisión concienzuda. El Maquiavelo que Bausi nos entregaba era complejo y contradictorio, variado y no definitivo. La interpretación dejaba sin pulir lo que en los textos originales aparecía de modo bruto. ¿Por qué el intérprete debe imponer una unidad y coherencia desconocidas hasta para el mismo autor? ¿Por qué admitir una unidad de la que no quedan restos en las obras y a la que solo se llegará a través de elucubraciones abstractas, imposibles de reconocer en el original? Incluso si no lo describió con estos términos, el Maquiavelo de Bausi era un autor perfectamente postmoderno: dubitativo, inseguro, cuyo pensamiento no imponía a las circunstancias ninguna violencia, sino que se adaptaba a ellas con total flexibilidad hasta poner en suspenso la solidez y estabilidad del pensamiento. Frente a abstracciones y universalizaciones que no se pueden reconocer en los libros conservados, la mirada de Bausi permitía que los estudiosos hispanófonos se centraran por una vez en los detalles, en lo particular y concreto, incluso si esta actitud iba a hacer imposible una mirada sintética y unitaria. Después de siglos de un Maquiavelo rotundo, este Maquiavelo, más cercano al pensamiento débil que al constructivismo moderno, permitía respirar a una obra que se había erigido en estatua admirativa o modelo a evitar mucho antes de ser leída.

Para explicar la difusión de la lectura de Bausi, no se puede menospreciar que algunos de sus lectores españoles estuvieran escribiendo una tesis doctoral (alguna de ellas frustrada). En la medida en que una investigación de este tipo requiere un detallado conocimiento textual, los consejos que normalmente recomiendan los directores de tesis del estilo «busca la frase que concentre a todo Maquiavelo» eran simple y, sobre todo, trágicamente inaplicables. Para aquellos que quisieran escribir sobre un Maquiavelo histórico y concreto –lo cual parece más exigible a una tesis doctoral que a un ensayo–, el camino abierto por Bausi se revelaba como el único posible, incluso si era arduo y aporético. La teoría solo podía venir después de la certeza textual. Si en otro tipo de escritos puede aplicarse este principio con menos rigor, en una investigación científica no se podía admitir que la teoría precediera de modo impermeable a lo empírico, lo cual, en tesis de ciencias humanas, ha de equivaler a los textos estudiados.

A pesar de que el tono de estas últimas líneas pueda parecer celebratorio y hasta impúdico –al fin y al cabo soy quien más ha escrito sobre Maquiavelo en una línea

que quiere ser coherente con el trabajo de Bausi—, su interpretación no solo es polémica, sino esencialmente incompatible con el tipo de trabajo que nosotros debíamos hacer con Maquiavelo. Si la aportación de Bausi es netamente filológica, incluso si esta disciplina se entiende en un sentido amplio y humanista, nuestras investigaciones se enmarcaban en un campo muy diferente: el de la historia de la filosofía y el de la filosofía política. Un historiador de la cultura florentina no tiene que hacer de Maquiavelo el padre del realismo político, un conocedor de la *República* de Platón o de la *Política* de Aristóteles, ni siquiera un escritor que redacte de modo coherente sus diferentes obras. Para un historiador del Renacimiento, el Maquiavelo inconexo y caótico, incluso si no se tratase de la última palabra de Bausi, es más atractivo que el unitario. El Maquiavelo que toca de oído en la historia del pensamiento político puede ser más interesante para una mirada social y antielitista de la historia cultural que el ilegible Poliziano, al menos para aquel que carece de una sólida educación clásica.

Si en el mundo hispanófono este Maquiavelo lo hubieran divulgado y adoptado un grupo de estudiosos de la cultura italiana, la situación habría resultado mucho más cómoda. Sin embargo, quienes hemos leído a Bausi en el mundo hispánico pertenecemos a un ámbito netamente filosófico y politológico. Por desgracia, a diferencia del filólogo o del historiador, las obras de Maquiavelo no nos interesan como fin en sí mismo. Sin duda, junto al filósofo y al politólogo, puede convivir un italianista. Sin embargo, este es un interés secundario en nuestra aproximación —o lo era hasta que tuvimos que reconvertirnos en italianistas— como filósofos de la política. En un principio puramente biográfico, nos decidimos a estudiar a Maquiavelo por los mismos motivos por los que nos acercamos al *Leviatán* de Hobbes o a *La paz perpetua* de Kant: en principio, las ideas concebidas en estos textos nos parecían tan válidas para una comprensión de la política y la realidad social como las defendidas por teóricos contemporáneos, como Rawls o Berlin. Si soy sincero y recuerdo al rústico de veintidós años que se atrevió a escribir una tesis, debo reconocer que mi propósito consistía en descubrir y demostrar que Maquiavelo había comprendido de modo definitivo la distinción entre ética y política. Si el Maquiavelo de Bausi evitó que mi tesis fuera una traición completa a los textos (como lo fue, en cambio, mi suficiencia investigadora sin que preocupara mucho a nadie, ni a los miembros del tribunal ni por supuesto a mí mismo), también me obligó a escribir una investigación absolutamente diferente de la que me había propuesto escribir.

Creo que escribí la única tesis posible que un historiador de la filosofía política o un teórico político puede redactar cuando se enfrenta a Maquiavelo: mostrar cómo sobre cualquier concepto Maquiavelo opina de modo contradictorio, sin que sea posible establecer un criterio para establecer una jerarquía entre las diferentes posturas contradictorias. Más allá de que como producto de un quehacer investigativo este resultado me parece válido, se trata de un Maquiavelo aporético y afásico para el teórico político. Filosófica y conceptualmente, no me servía de nada (o de muy poco). Si todavía sigo creyendo que una verdad incómoda es preferible a una mentira apacible, también debo reconocer que este Maquiavelo contradictorio no posee apenas interés para un teórico político (sí, en cambio, para un historiador de la filosofía). Dos o tres frases geniales que apenas tienen continuidad y coherencia no justifican que alguien preocupado más por el pensamiento político que por su historia deba conocer con cierto detalle sus escritos. Si se puede admitir que ningún clásico de la historia del pensamiento político es tan rotundo y definitivo como la interpretación canónica

proclama, mi experiencia en este campo me dice que, en cuanto a contradicciones, Maquiavelo llega a una cima desconocida para cualquiera de los otros grandes nombres de la disciplina. Por compleja que pueda ser, ni en Locke, Hobbes o Rousseau, ni siquiera en sus críticos hispánicos más encumbrados como Ribadeneyra o Quevedo, hay tantos problemas interpretativos.

No estoy seguro de que la interpretación de Bausi sea tan radical como la mía: en Maquiavelo no existe una filosofía política, si la coherencia se considera una característica propia de cualquier reflexión filosófica. En cuanto a la teoría política de Maquiavelo, Bausi ha sido un mudo. Ha escrito sobre la historia y la elaboración de los textos, las fuentes de Maquiavelo, su lugar en la historia de Florencia y su primera recepción, su identificación con la república y su acercamiento a los Médicis. Desde un punto de vista teórico, el Maquiavelo de Bausi es un pensador que siempre habla dos veces, la segunda para negar lo que dijo la primera. Este Maquiavelo llega a la completa irresolución más por exceso que por defecto. Sin embargo, a diferencia de los trabajos de Cutinelli-Rèndina con cuya aproximación existen muchos puntos en común, Bausi jamás ha mostrado cómo dentro de los diferentes pareceres que Maquiavelo da sobre un punto –la relación entre religión y política– algunos tienen más peso y más presencia.

Por este motivo, la publicación de una pequeña novela histórica *Escándalo Maquiavelo. Una intriga florentina* (*Scandalo Machiavelli. Un intrigo fiorentino*) resulta tan importante¹³. Por primera vez, Bausi ofrece un parecer cerrado sobre algunos aspectos teóricos del pensamiento de Maquiavelo. Esta situación es perfectamente postmoderna. El filólogo erudito solo se atreve opinar sobre el pensamiento de Maquiavelo en una obra de ficción. En las siguientes páginas, reconstruiré la imagen que en esta novela se da de Maquiavelo como pensador.

III

La acción de *Scandalo Machiavelli* transcurre entre el 28 y el 30 de mayo de 1510. Maquiavelo, secretario de la segunda cancillería de la República de Florencia, es acusado de modo anónimo de haber mantenido relaciones sodomíticas con la prostituta Riccia. Se trata de una acusación real, la cual ya había sido estudiada por Martelli y el mismo Bausi. La figura legal de la acusación anónima existía en la Florencia renacentista y Maquiavelo la criticará en uno de los primeros capítulos de los *Discursos*. Si la trama de la novela se construye sobre una angustia de la que apenas quedan testimonios, a lo largo de esta narración se intercalan personajes, ideas y frases históricamente documentadas. El conocedor de las obras y la biografía de Maquiavelo tiene la impresión de que, en esta novela histórica, la imaginación se utiliza de modo exclusivo para cubrir los huecos que dejan los documentos.

La imaginación tapa estos vacíos para revelar el mundo interior de Maquiavelo, tanto afectivo como intelectual. Bausi utiliza la novela y la imaginación para lo que muchos de nosotros utilizamos el ensayo y el artículo científico: aclarar el contenido del pensamiento de Maquiavelo. Para dar voz a la conciencia de Maquiavelo, el narrador a veces utiliza las palabras y las ideas de otros autores de la historia

¹³ F. Bausi, *Scandalo Machiavelli. Un intrigo fiorentino*, Sarnus, Florencia, 2014.

cultural italiana (del amigo Guicciardini a Croce y Montanelli). De modo global, el pensamiento de Maquiavelo quiere resolver dualidades. La solución de esta tensión constitutiva no se dará siempre del mismo modo. A veces, Maquiavelo dará una respuesta unitaria y la dualidad será considerada aparente, ya que puede ser reducida a uno de sus polos. Otras la dualidad será inextinguible y Maquiavelo considerará que cada una de las dos partes debe ser conservada. Esta es la estrategia que emplea en la dualidad fundamental vivida por este personaje a lo largo de las cien páginas del relato: la oposición entre ética y política, entre moral privada y pública.

El incidente que da pie al relato obligaba a que el personaje Maquiavelo desarrolle su pensamiento sobre la relación entre moral y política: un político es acusado por una falta puramente privada (la relación sodomítica). Se trata de un problema fácilmente imaginable para una sociedad como la nuestra, la cual, en las últimas décadas, se ha puritanizado. Un político es sometido a una persecución pública, incluso si no es jurídica como en la narración, por una conducta que no pone en duda la probidad y el acierto de su acción gubernativa. El Maquiavelo de Bausi responde de una manera tan absolutamente inequívoca y con una formulación tan consistente y abundante como para pensar que se trata más de la elaboración teórica del propio Bausi que de la reacción que el Maquiavelo histórico padeció por este problema. Esta tensión se resolverá de modo perfectamente liberal, si por liberal se entiende que debe existir una completa separación entre moral privada y pública.

Es necesario insistir en que esta separación no convierte al Maquiavelo de Bausi en un libertino: no afirma que la moral privada es vacía y que su cumplimiento es siempre hipócrita. El respeto de Maquiavelo por las virtudes religiosas y privadas se refleja en una de las mejores líneas de *Scandalo Machiavelli*. Cuando piensa en rezar para que Riccia mienta y diga que no han mantenido relaciones ilícitas, Maquiavelo se dice a sí mismo: «¿Debería rezarle a Dios para que le haga mentir a Riccia? ¿Debería rezar para obtener un falso testimonio a mi favor? Ya que rezo poco, al menos, debo intentar rezar bien» (p. 51)¹⁴. La moral privada, de la que Maquiavelo es perfectamente incapaz, gozaría de una existencia independiente respecto de la moral pública. Aunque es un defecto, ser un marido infiel no implica ser un político ineficaz. Son ámbitos autónomos de la realidad, si bien para Maquiavelo es mucho más valioso el público que el privado. Por este motivo, más teórico que personal, a Maquiavelo le amargarán la persecución. A lo largo de la novela, se repiten, en media docena de ocasiones, pasajes de este tenor teórico: «¡A quién le importa qué hago en mi casa o en la de otros, con quién me voy a la cama y qué hago ahí! ¡Son mis asuntos! Que observen qué hago en el Palazzo Vecchio» (pp. 20-21, ideas similares se expresan en p. 32 y p. 65). El narrador hace hablar a Maquiavelo como si fuera Benedetto Croce, cuando escribe que los políticos son como los médicos y a estos se les juzga por curar enfermos. Maquiavelo está tercaamente convencido de la autonomía de lo político. Está tan seguro de que el político no debe ser juzgado por el comportamiento privado que no es capaz de entender a los dos o tres amigos que le intentan explicar que, si *de jure* tiene razón, la confusión de la vida política exige que el comportamiento privado de un gobernante evite el escándalo. Sus compañeros le recuerdan una vieja verdad de la política que Maquiavelo, casi con obstinación, ha decidido olvidar: todo es política, incluso lo que no debería serlo.

¹⁴ Todas las referencias a número de página entre paréntesis son F. Bausi, *Scandalo Machiavelli*.

De todas las oposiciones sobre las que se construye la cosmovisión de Maquiavelo, la separación entre ética privada y pública es la fundamental. Si la insistencia en este problema aleja el relato de la ficción y lo acerca al discurso teórico, esta postura la llegan a defender personajes a los que, en principio, no se les supone ninguna afinidad con esta doctrina. La separación entre ética privada y pública se convierte, de una postura interesada de Maquiavelo, en un principio necesario para la vida social. De esta manera, la unidad entre ética privada y pública, moral y política no solo es falsa, sino contraproducente. En su busca de la Riccia, Maquiavelo pasa por el convento de San Marcos donde se encuentra con el fraile savonaroliano Simone. También el dominico sería partidario de esta separación entre público y privado: «A mí no me interesa lo que uno hace y tampoco le interesaba al Fraile [por Savonarola]. Piensa en aquello que hacían Poliziano y Pico... y, sin embargo, eran sus seguidores y él, aunque les corregía, los amaba y le complacía estar con ellos» (p. 48).

Si en un plano práctico la oposición se plantea entre ética y política, desde un punto de vista metafísico y epistemológico la tensión se expresa entre palabras y cosas. En este caso, el abismo entre el término y el objeto es el mismo que existe entre la apariencia y la realidad, de tal modo que Maquiavelo se inclinará hacia la cosa real y desestimará la palabra aparente. Existe una diferencia entre estas dos oposiciones fundamentales para el pensamiento de Maquiavelo. Si acepta la existencia de la moral privada y religiosa a pesar de su inutilidad política, Maquiavelo tiene muchas más dudas a la hora de conceder legitimidad a una palabra sin conexión con la realidad. Aunque a esta solo se llegue a través del discurso, Maquiavelo alerta sobre el peligro de que este se aisle y se encierre sobre sí mismo. El discurso solo tiene valor cuando está unido a la realidad. En este caso, el Maquiavelo de Bausi se apropia de las palabras de Indro Montanelli cuando recomienda que el juicio político se construya sobre los hechos, no sobre las palabras: «¡No me importan nada sus ideas! La única cosa en base a la cual no juzgo a los hombres son las ideas. Los hechos, las acciones son los que cuentan. En base a ellos juzgo a las personas» (p. 28). La diatriba contra Florencia se debe a que el discurso político de esta política se ha encerrado en las palabras y se ha alejado de la realidad: «¡qué bien hablan, pero no saben hacer! ¡Sobre los bancos y las plazas parecen hombres excelentes y, después, puestos a prueba, fracasan! [...] ¡Pero no bastan las bellas respuestas para gobernar el mundo!» (p. 11).

Maquiavelo ofrece alguna pista para elaborar un discurso político efectivo. La solución que da a este problema es barroca y, en cierta medida, antiempírica. Para llegar a la realidad, no se deberá confiar en la primera impresión de los sentidos. Por el contrario, presupone que el significado real ha de contradecir esta primera sensación: «para tener una idea adecuada de una cosa, se deben entender las palabras con el sentido opuesto al que se le suele dar habitualmente» (p. 55). La burla, como subversión de la primera apariencia y del significado habitual de los términos, se transforma en la herramienta epistemológica más necesaria: «reírme me sirve para conocer a los hombres y a las cosas» (p. 61). A lo largo de la novela, los amigos de Maquiavelo lamentan su falta de prudencia. Si esta recomendación le saca de sus casillas, las causas de este enfado están más en la metafísica que en la moral. El mismo Maquiavelo admirará la astucia y la moderación –término equivalente a prudencia, tanto en esta novela como en el corpus maquiaveliano– de Vettori y Guicciardini. Estos dos políticos son prudentes, pues, al mismo tiempo que trabajan para la República, mantienen contactos con los Médicis. Precisamente la prudencia les permite trabajar para un político que no es de su preferencia, lo cual causará la admiración

de este Maquiavelo de Bausi: «No creen en nada y por esto son amigos de todos y de nadie. Antes los despreciaba por su escepticismo, ahora me parecen los más sabios de todos, no se hacen ilusiones sobre el que manda e intentan [...] ser útiles a la ciudad y corregir los errores de los poderosos, quienes, si no tuvieran cerca a hombres cuerdos como ellos, serían peores de lo que son. ¡No se es noble por nada, esta sabiduría les viene de sus antepasados, en cambio yo he heredado de mi padre tres libros y un montón de deudas, esta es la diferencia!» (p. 47). La prudencia no le puede molestar por motivos morales. Por mucho que exista una justa separación entre ética privada y pública, solo un idiota puede pensar que las conductas privadas pueden encapsularse perfectamente y carecer de cualquier consecuencia social. El rechazo a la prudencia se da en el plano metafísico. La prudencia criticable no tiene que ver con el comportamiento astuto de Guicciardini o Vettori, sino con la actitud prudente de los florentinos, que viven en las palabras y en las apariencias por ser incapaces de ver las cosas. Una vez conocida la realidad a través de la burla y la ironía, el comportamiento, moral y político, de cada uno podrá variar. Por este motivo, Maquiavelo puede admirar el juego de los viejos aristócratas.

La última oposición aparece a raíz de la relación de Maquiavelo con los Médicis. El dualismo entre republicanismo y monarquismo, clásico en la interpretación de la obra de Maquiavelo a través de la oposición entre *El príncipe* y los *Discursos*, se reinterpreta como un enfrentamiento entre conservador y progresista. En este caso, conservador y progresista no poseen ningún significado concreto, sino que describen una relación con el tiempo. La actitud conservadora quiere que en el presente se repita lo que ocurrió en el pasado, mientras la progresista acepta que cada tiempo exige una decisión política diversa. Con un punto antihumanista, Maquiavelo critica la estrategia que busca en el pasado las soluciones a problemas políticos contemporáneos. El discurso florentino, atrapado en las palabras, es también un discurso conservador. Va al pasado en busca de una solución que no tiene por qué ser efectiva: «Florencia es una ciudad inmóvil, conservadora, desde hace décadas las mismas caras, la misma gente que manda, mal a quien quiera cambiar un poco, aunque sea una caca de perro. [...] [S]i aquellos recorrieran un poco el mundo, verían qué sucede en otros lugares, en Milán, en Francia, en España, donde no tienen miedo de las novedades, y no les importan las viejas tradiciones y las viejas leyes» (p. 24).

Al lenguaje político contemporáneo le puede sorprender que este discurso conservador se asocie con una forma política –la república– considerando hoy un sistema de gobierno más moderno y progresista que el gobierno semiautoritario de los Médicis. Por este historicismo de las formas políticas, es natural que a Maquiavelo no le provoque un completo rechazo, incluso en los momentos en que era la mano derecha de Soderini, la posibilidad de colaborar con una Florencia medicea y monárquica: «No los [a los Médicis] odio, los combato en este momento, mañana puede ser diferente, si los Médicis fuesen la mejor o la única solución política para nosotros. Solo los idiotas no cambian nunca de opinión» (p. 25). Su apego a la república no depende de una reverencia atemporal. La república no es la última y definitiva palabra de la organización política. En la medida en que la república no pueda gobernar eficazmente, su sustitución por el principado no solo será bienvenida, sino que la recomendará como una opción moderna y progresista. Solo alguien quien se aferre a la apariencia, las palabras y el pasado podrá pensar que se está cometiendo una transgresión.

IV

Hasta que leí *Scandalo Machiavelli* no tenía claro cuál era la imagen de Bausi sobre el pensamiento político de Maquiavelo. Evidentemente el retrato dibujado en esta breve novela no tiene por qué ser su última palabra. Sin embargo, la coherencia de este perfil intelectual, la insistencia en algunas posturas, establecen una imagen más completa para los historiadores del pensamiento político y moral de la que se puede encontrar en las monografías que han consagrado a Francesco Bausi como uno de los maquiavelistas más importantes de nuestro tiempo. En la relación entre ética y política, Maquiavelo se inclina por la política. Esta preferencia no impide que reconozca un lugar a las virtudes religiosas y privadas, incluso si este no tiene nada que ver con la acción política. El estilo intelectual de este Maquiavelo de Bausi tiene algo de Hemingway, de Baroja, de intelectual que juega a no ser intelectual, a mantener el contacto con las cosas sin perderse en las palabras. Por último, es un relativista político, no hay ningún régimen definitivo, ninguna fidelidad eterna. No existe una forma política que encierre todo el bien posible. Este Maquiavelo inteligente aparece, sin embargo, con un punto excesivo de entusiasmo, con una cierta incapacidad para reconocer que la realidad, incluso si esta debería ser como él la piensa, muchas veces defrauda principios y expectativas intelectuales básicas. Se trata de un punto de locura y rigidez que explica que Maquiavelo, a pesar de haber vivido como político hasta 1512, pudiera convertirse en un escritor y pensador.

Bibliografía

- R. Águila, *La senda del mal*, Taurus, Madrid, 2000; *Sócrates furioso: el pensador y la ciudad*, Anagrama, Barcelona, 2004.
- F. Bausi, *Scandalo Machiavelli. Un intrigo fiorentino*, Sarnus, Florencia, 2014.
- F. Bausi, *I "Discorsi" di Niccolò Machiavelli. Genesi e strutture*, Sansoni, Florencia, 1982.
- F. Bausi, *Machiavelli*, Salerno, Roma, 2005 (trad. M. Barbuto, PUV, Valencia, 2015.).
- F. Bausi, *Il principe dallo scrittoio alla stampa*, Edizioni della Normale, Pisa, 2015.
- A. Gilbert, *Machiavelli's "Prince" and its Forerunners*, Duke University Press, Duke, 1938.
- M. A. Granada, *Cosmología, religión y política en el Renacimiento*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- M. A. Granada, *El umbral de la modernidad: estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, Herder, Barcelona, 2000; *Antología de Maquiavelo*, Península, Barcelona, 2002.
- N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, edición de F. Bausi, Edizione Nazionale delle Opere di Niccolò Machiavelli, Salerno Editrice, Roma, 2001.
- J. A. Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español. El Siglo del Barroco*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.
- J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico [sic]: El pensamiento político florentino y la tradición atlántica*, trad. E. García, Tecnos, Madrid, 2002.
- Q. Skinner, *Maquiavelo*, trad. M. Benavides Alianza, Madrid, 1984.
- Q. Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, traducción de J. J. Utrilla, 2 vols., FCE, México D. F., 1986.

- L. Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, trad. C. Gutiérrez de Gamba, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964.
- C. Vasoli, “The Machiavellian Moment: A Grand Ideological Synthesis” en *The Journal of Modern History*, XLIX, pp. 661-670.
- P. Villari, *Maquiavelo su vida y su tiempo*, Grijalbo, México, 1984.
- C. Vivanti, *Maquiavelo: los tiempos de la política*, trad. M. T. Navarro, Paidós, Buenos Aires, 2013; N. Maquiavelo, *El príncipe*, trad. H. Puigdomènech, ed. G. Inglese, Madrid, Tecnos, 2011.